

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Batcha y el dragón

Érase una vez un pastor llamado Batcha. Todos los veranos llevaba su rebaño de ovejas a la cima de la montaña, donde tenía una cabaña.

Un día de otoño, miró hacia la ladera de la montaña y vio algo extraño. Cientos de serpientes se dirigían a un acantilado rocoso, no lejos de donde él se encontraba. Al llegar al acantilado, las serpientes mordieron la hoja de una planta que crecía allí. Tocaron la roca con la hoja y ésta se abrió. Una a una, las serpientes fueron entrando y, tras la última, la roca volvió a cerrarse. Batcha se frotó los ojos. ¿Había visto bien? Pensó que debía mirar más de cerca. No estaba tan lejos, y el perro podía cuidar a las ovejas un rato.



Caminó hacia el acantilado y observó la misteriosa planta.

Nunca antes la había visto. Tomó una hoja y tocó la roca en el mismo lugar donde lo habían hecho las serpientes. Inmediatamente, la roca se abrió. Batcha entró con cuidado. La cueva se cerró tras él. Las paredes estaban cubiertas de oro, plata y piedras preciosas. Había una mesa de oro en el centro, con una monstruosa serpiente real sobre ella, profundamente

dormida. Cientos de serpientes yacían en el suelo. Todas dormían profundamente, pues ninguna se movía mientras Batcha paseaba.

Batcha pensó: "Esto es muy extraño, pero debo volver con mis ovejas"

Pero Batcha se dio cuenta de que no podía salir, porque la roca estaba cerrada. Allí estaba, atrapado con cientos de serpientes. Pero con los pies en la tierra, Batcha se dijo:

—Está bien, si no puedo resolverlo ahora, será mejor que pase la noche aquí —entonces se echó la capa encima, se tumbó y no tardó en dormirse. Lo despertó un murmullo. Al principio pensó que estaba en su propia cabaña, pero cuando abrió los ojos, vio las brillantes paredes de la cueva y recordó dónde estaba.

La serpiente real seguía sobre la mesa dorada, pero estaba despierta. Las serpientes a su alrededor también estaban despiertas y Batcha las oyó decir:

—¿Es la hora? ¿Es la hora?

La serpiente real levantó lentamente la cabeza y dijo con un sonido profundo:

—Si, es la hora —entonces la serpiente se estiró y se deslizó desde la mesa de oro hacia la pared de la cueva, seguida por las otras serpientes. Batcha corrió tras ellas y pensó: "Iré tras ellas". La serpiente real tocó la pared con la lengua y la roca se abrió. Luego se deslizó a un lado y las serpientes salieron una a una. Cuando la última serpiente salió, Batcha intentó seguirla, pero la roca se cerró en su cara y Batcha quedó atrapado otra vez. La serpiente real le siseó:

—Miserable ser humano, ¿no puedes salir! Estás aquí y aquí te quedarás.

—Pero no puedo quedarme aquí —dijo Batcha—. Tienes que dejarme salir. Tengo ovejas en el pastizal y una esposa en el valle.

Batcha suplicó y lo intentó todo para convencer a la serpiente de que lo dejara salir, hasta que la vieja serpiente finalmente dijo:

—De acuerdo, te dejaré salir, pero no antes de que me hagas el triple juramento de que no le dirás a nadie cómo has entrado.

Batcha lo prometió e hizo tres veces el poderoso juramento de no decir a nadie cómo había entrado en la cueva. La serpiente lo dejó salir, pero le advirtió a Batcha:

—Si rompes este juramento, caerá sobre ti un terrible destino.

Batcha escapó. Una vez fuera, miró a su alrededor. Se asombró al ver que todo se veía muy diferente. Era otoño cuando entró en la cueva, pero ahora parecía primavera.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿He dormido todo el invierno? ¿Dónde están mis ovejas? Y mi esposa, ¿qué dirá?

Se dirigió a su cabaña con las rodillas temblorosas. Su esposa estaba dentro. Batcha no sabía muy bien qué decirle, así que se escondió un momento entre los arbustos para inventar una historia que lo explicara todo. Mientras estaba allí sentado, vio a un caballero pulcramente vestido que se acercaba a la puerta de la

cabaña. Preguntó a su esposa dónde estaba su marido. La mujer se echó a llorar y explicó al forastero que su marido había desaparecido de repente un día del otoño anterior. Había llevado a sus ovejas a pastar, como de costumbre, y nunca más volvió.

—Creo que lo devoró un lobo o que las brujas le hicieron algo terrible —sollozó—. ¡Y ahora estoy sola, una pobre viuda abandonada! ¡Oh, ay!

Su dolor era tan grande que Batcha saltó de entre los arbustos para consolarla.

—Querida esposa, no llores. ¡He vuelto sano y salvo! He dormido en la cabaña. ¡Debo haber dormido todo el invierno!

Al ver a su marido, la mujer dejó de llorar. Su pena se convirtió en sorpresa y luego en ira.

—¿Qué has estado haciendo? —gritó—. ¿Qué clase de pastor eres, que abandonas a tus ovejas y a tu mujer? Y eso para holgazanear todo el invierno, durmiendo como una serpiente. Bueno, dime, ¿dónde has estado y qué has hecho?

El forastero tuvo que interponerse entre ellos porque la mujer estaba a punto de atacar a Batcha.

—Déjame a tu marido —dijo el forastero—. Te prometo que haré que me cuente la verdad.

Cuando ella se fue, el extraño se convirtió en una criatura de aspecto horrible con un tercer ojo, en medio de la frente. “¡Gran misericordia! Es el Mago de la Montaña. ¿Qué me va a pasar ahora?”, pensó Batcha. Batcha había oído a menudo historias aterradoras sobre el mago, entre ellas que podía adoptar cualquier forma

que quisiera y que podía convertir a los demás en lo que él quisiera.

—¡Ja! —se rio el mago—. Veo que me reconoces. Ya basta de mentiras. Dime, ¿dónde has estado todo el invierno? Batcha recordó el triple juramento al viejo rey serpiente y tuvo miedo de romperlo. Pero el mago le hizo la pregunta una segunda y una tercera vez, y cada vez se hacía más grande y aterrador. Batcha se asustó mucho y, por miedo, el pastor rompió su promesa y se lo contó todo al mago.

—Ven conmigo ahora —dijo el mago—. Muéstrame el acantilado y las plantas mágicas.

¿Qué podía hacer Batcha más que obedecer? Caminó hacia el acantilado y arrancó una hoja de la planta mágica.

—¡Abre la roca! —rugió el mago.

Batcha apoyó la hoja contra el acantilado e inmediatamente la roca se abrió.

—Y ahora entra —gritó el mago.

Pero Batcha empezó a temblar y apenas podía moverse. El mago tomó su libro de magia y empezó a leer un conjuro. De repente, la tierra tembló y un trueno cayó del cielo. Con un gran siseo, un monstruoso dragón salió volando de la cueva. Era el antiguo rey serpiente que, después de vivir como serpiente durante siete años, se había convertido en un dragón volador. De su enorme boca exhalaba fuego y humo. Con su larga cola se balanceaba a derecha e izquierda entre los árboles, que se quebraban y rompían como ramas. El mago, que

seguía leyendo un conjuro de su libro, dio a Batcha una rienda.



—Lánzale esto al cuello —gritó.

Batcha tomó las riendas, pero le aterrizó echárselas al cuello al dragón. El dragón giró y se agachó bajo el cuerpo de Batcha y, antes de que éste comprendiera lo que ocurría, estaba sentado sobre el lomo del dragón. Y así volaron a

través de las estrellas del cielo. El dragón daba golpes rabiosos hacia delante y hacia atrás, y Batcha se aferraba a su lomo. El dragón parecía castigar a Batcha por haber roto su triple juramento y subió cada vez más alto hasta que llegaron muy por encima de las montañas de la tierra.

—¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? —sollozaba Batcha—. ¡Si salto, me estrellaré contra la tierra! Oh, dragón, ¡ten piedad de mí!

Pero el dragón siguió surcando el cielo estrellado con Batcha a cuestas hasta que se quedó inmóvil en el aire durante un momento, lo que para Batcha fue aún más aterrador. De repente, Batcha oyó la voz de una alondra que se elevaba hacia el cielo.

—Querida alondra —llamó Batcha al pájaro—, ayúdame, porque estoy en problemas. Vuela al cielo y dile a Dios que Batcha, el pastor, cuelga del cielo sobre el lomo de un dragón. Dile que Batcha le ruega que lo libere y seré siempre un hombre bueno y obediente.

La alondra llevó el mensaje al cielo y Dios se apiadó del pobre pastor. Escribió unas letras de oro en una hoja de abedul, la puso en el pico de la alondra y le dijo que la dejara caer sobre la cabeza del dragón. La alondra volvió del cielo y dejó caer la hoja sobre la cabeza del dragón. El dragón se hundió inmediatamente en la Tierra, tan rápido que Batcha se desmayó. Cuando Batcha volvió en sí, estaba sentado frente a su propia cabaña. Miró a su alrededor. El acantilado del dragón había desaparecido. Todo estaba igual. Era por la tarde y el perro llevaba a las ovejas a casa. Una mujer subió por el sendero de la montaña.

Batcha respiró hondo.

—Gracias a Dios he regresado —se dijo—. Es agradable oír ladrar al perro. Y aquí viene mi mujer. Quizás siga enfadada y prefiera darme una bofetada. Pero, aunque lo haga, ¡qué contento estoy de verla!